

Félix Grande

Poco se puede decir de Félix Grande que no se haya dicho o escrito antes. Es un clásico de la Literatura española como poeta, novelista, ensayista, flamencólogo... Recientemente le han concedido, con total merecimiento, el Nacional de las Letras.

-¿Qué supone, si es que supone algo, recibir un premio nacional de las Letras, en una persona tan políticamente poco correcta como es usted?

-Creo que ser social-demócrata es lo más ortodoxo que se puede ser en este momento, tal y como está Occidente. El premio supone un esponjamiento de mi vanidad. Yo no sé si otros son vanidosos, yo sí lo soy; o no lo soy que lo soy. Y una gratitud de que haya habido una serie de gente que ha decidido que todos estos años de trabajo tal vez merecían que me dieran una alegría.

-Hay algo que quiero comentarle, relacionado con el pensamiento en general, un tanto contaminado por el franquismo. Los 40 años de dictadura han calado más de lo que creemos y muchas veces nos retraemos a la hora de decir lo que se puede y se debe decir con entera normalidad...

-Yo no sé si ha habido alguna vez un tiempo en el que no hubiese auto-censura, en la medida en que creo que no ha habido nunca un poder más o menos totalitario. Pensar que una comunidad se manifieste de forma absolutamente libre, sin intermediarios entre su conciencia y sus palabras, es ilusorio. Si a esto le agregas que nosotros hemos estado adiestrados en el arte del miedo durante tantas décadas, algunos de nosotros durante toda nuestra vida, sería ingenuo pensar que simplemente el cambio de política y el aire fresco de las urnas nos ha liberado definitivamente y para siempre. De manera que lo que se llama vivir con libertad absoluta creo que es un sueño y quizá ni siquiera pertenezca a esta especie. Lo que no quiere decir que no tengamos la obligación y el derecho a combatir no ya contra la dictadura, que se da por descontado, sino a combatir contra las pequeñas barreras dictatoriales que existen en las democracias.

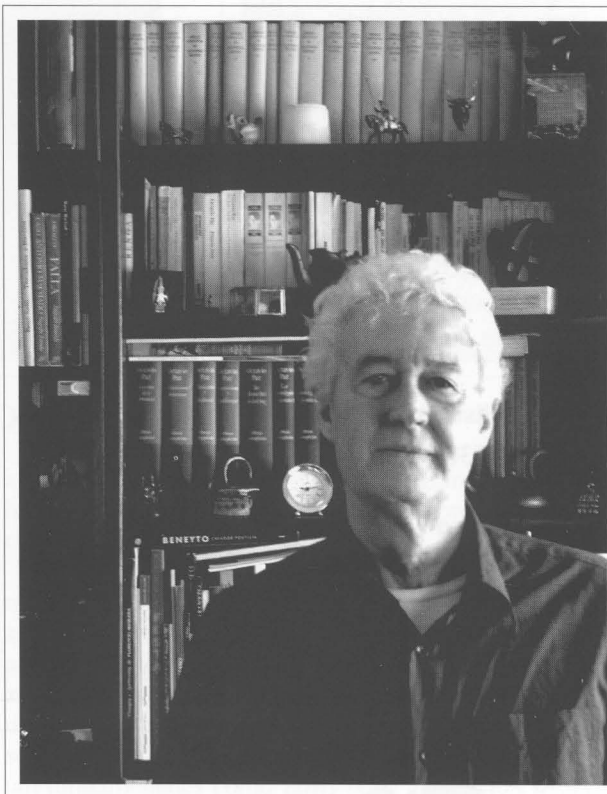
-Hábleme un poco del fenómeno migratorio en España, de ese cambio tan tremendo que hemos experimentado, de exportar mano de obra a recibir mano de obra y recibirla con recelo, aunque no creo que seamos una sociedad racista...

-El racismo es una constante, una de las piezas del puzzle de terror que habita dentro de la conciencia humana. Creo que el miedo a lo otro, el miedo al lenguaje desconocido, a la vestimenta distinta, a las culturas que no son la nuestra, a las formas de vivir como la de los gitanos, que eran nómadas... ese miedo se suele convertir en odio y por lo tanto en racismo. Y en esto no creo que los españoles seamos más racistas que otros, que otras comunidades. La historia de la Inquisición no es sólo la historia de la Inquisición española. Y en cuanto a la situación actual de la inmigración, habría que empezar por decir que es "trata de pobres", en vez de trata de blancas, "trata de pobres".

Puesto que no podemos soñar con que la bondad, como un maná caiga sobre las conciencias de una comunidad completa, tenemos que hacer lo posible porque eso sea sustituido por leyes a las que tengan que estar sujetos por de pronto los empresarios que no quieren pagar la seguridad social. Bienvenidas sean esas leyes.

-¿Qué le gustaría hacer y ver?

-Me gustaría cumplir mil años más, para en quinientos leer todos los libros que no he leído y releer los que me entusias-



maron; y otros quinientos para viajar, para ver tantos lugares del mundo, tantas comunidades, tantas costumbres, tantas historias... los seres humanos deberíamos vivir mil años. No es justo que vivamos sólo esta miseria de años. Por eso hay que pedirle a los dioses mil años de vida, unos cuantos centenares de años para darle la vuelta al mundo, para ser una especie de Marco Polo sistemático y minucioso y además lleno de júbilo.

-¿Podríamos eliminar la pobreza?

-Hay que vivir como si estuviéramos seguros de que alguna vez la justicia se va a convertir en una lluvia que llueva sobre todos los campos de la vida humana. Pero esto es el sueño de nuestro sentido del deber. Pero desde el fondo de mi propio corazón, me doy cuenta de que todos estamos mal acabados y muy propicios a convertir nuestros terrores personales en ambiciones disparatadas, que suelen conllevar la desdicha de otros.

Hay un hallazgo originario, que es el conocimiento de nuestra finitud. Nuestra racionalidad es algo que está cosido con alfileres. En cuanto llega un acontecimiento ligeramente inquietante la racionalidad se va al carajo. Y nos comportamos verdaderamente como seres enloquecidos, que se autodestruyen o destruyen a los demás.

-Entonces ¿todo bien...?

-Todo bien, salvo que me irrita tener que morirme, sin poder llevarme una sonrisa de mi hija y una mirada afectuosa de Paquita, mi mujer. La muerte no me produce miedo, pero sí mucha tristeza.

Entrevistas de Gabriel Argumáñez

Foto: Pablo T. Guerrero